

protocristiana en relación con la difusión de los materiales que se interesaban en Jesús (19-20). El primero de esos 90 textos es, maravillosamente, 1 Tes 1,1, la más antigua de las palabras que nos quedaron de Pablo y como tal el texto más antiguo del NT, que puede considerarse, como insinúa Walt, el primer párrafo de una narración extraordinaria, el conjunto entero del NT: “Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia de los Tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. A vosotros, gracia y paz”.

Queda algo sin explicar, y no sé si sin plantear siquiera: ¿por qué Pablo no utiliza esa maravilla jesuana de las parábolas? Deberemos buscar las transparencias entre Pablo y Jesús, pero aquí nos quedamos.

Alfonso Pérez de Laborda

apl.name

Recensiones

Barrio Maestre, J. M., *El Dios de los filósofos. Curso básico de filosofía* (Rialp, Madrid 2013) 251 pp. ISBN: 978-84-321-4250-5

J. M. Barrio (Madrid 1960), es Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense en la que ejerce en la actualidad como profesor titular, después de haber ampliado estudios en Münster y Viena. Además es profesor invitado en la UESD. Su campo de investigación abarca la antropología, la ética y la educación, no sólo con interés especulativo sino también en su aplicación a la pedagogía. Entre sus numerosas obras destaca: *La gran dictadura. Anatomía del relativismo* (Madrid, 2011).

Al leer *El Dios de los filósofos* nos encontramos ante una eficaz y pensada síntesis de las principales cuestiones de la teodicea y el núcleo metafísico de la antropología, trabajo por el que felicitamos y quedamos agradecidos al autor, digno discípulo de D. Antonio Millán-Puelles como las páginas evidencian, y a la editorial Rialp que apuesta por este tipo de publicaciones. No es frecuente encontrarse con síntesis precisas y bastante completas en temas filosóficos como el del acceso racional a Dios y que además resulten asequibles a un público no especializado en filosofía, sobre todo en las áreas de metafísica y teología natural, resultando además de lectura agradable, progresiva y en diálogo con las circunstancias actuales.

El lector se encuentra de entrada con una meritoria primera parte dedicada a lo que denomina “Cuestiones introductorias” sobre la filosofía como saber y su alcance

metafísico (Parte I, capítulos 1-2) realizada en diálogo crítico con el relativismo y el cientificismo moderno. Creo que se acierta con la inclusión de este apartado pues se trata de un paso imprescindible para asegurar el acceso a la verdad en un momento filosófico en que abundan formas de pensamiento débil y relativista que se encierran en el círculo del sentido. El autor resume el peligro de esta actitud de modo gráfico y sintético: “el filósofo es vulnerable a una tentación humana común, que podría cifrarse en un querer buscar pero sin querer encontrar lo que teóricamente se busca. Aunque resulte paradójico, es posible tener esa actitud, algo contradictoria, de acomodarse en un ademán de búsqueda de la que no se quiere salir. Algo de esto queda aludido por la expresión ‘mirar hacia otro lado’. Muchos la emplean para referirse a lo que los sabios de la antigüedad, con más precisión, describían diciendo que los humanos estamos expuestos al peligro de considerar falso, o al menos dudoso, lo que no queremos que sea verdad. Dice Dante en La divina comedia: *Un mal amor me hizo ver recto el camino torcido*”.

Una vez despejado el acceso al pensamiento de alcance metafísico nos encontramos con el núcleo que da título al libro (Parte II, capítulos 3-7): la cuestión filosófica de Dios o el Dios de los filósofos. Aquí Barrio sigue un esquema clásico, coherente y bien arquitrabado en la filosofía de Aristóteles, Santo Tomás y su maestro Millán-Puelles. Dedicó el primer capítulo a la posibilidad y peculiaridad del conocimiento filosófico que podemos tener de Dios.

Seguidamente aborda la existencia de Dios y su probación, que distingue claramente de cualquier pretensión de realizar una demostración apodíctica. Este capítulo es muy matizado, el equilibrio y visión de conjunto de las vías racionales hacia Dios y su alcance merecen la pena. Con objetividad y agudeza Barrio acierta en el centro neurálgico en cada momento de la argumentación sin esquivar la discusión ni cerrar en falso un tema. Sirva de ejemplo la inclusión de la respuesta de Anselmo a Gaunilón: “De forma inteligente Anselmo contraargumenta: no se debe confundir un modo de ser —una clase o género que incluye individuos distintos y una gradación jerárquica entre ellos— con el ser que trasciende cualquier ‘modo’. En efecto, ser no es ningún modo de ser, y cabe pensar un ser máximo, o máximamente perfecto, sin pensarlo como el grado máximo o el prototipo de una clase de seres”. Así, sin entrar en mayores complicaciones, se enlaza con las cuestiones primeras de la metafísica mostrando con viveza, aún en su minimalismo metódico, dónde se encuentran; como la cuestión del ser, que como buen pedagogo formula atinadamente: “Tomado como sujeto, ente significa ‘algo’ que es, mientras que en su acepción verbal o partitiva se refiere al ‘ser’ o existir de ese algo. Tomás de Aquino descubre que esa estructura gramatical es imagen de una estructura real que se da en todo ente finito, realmente compuesto de esencia (modo de ser) y existencia (acto de ser)”. Sabe el autor unir hondura y sencillez para los lectores a los que destina su obra.

El capítulo 5, 3º de esta parte, complementa las vías tradicionales ya expuestas con otras formuladas a lo largo de la historia. Además de la sistematización de éstas, destaca la hábil y sucinta presentación de las de origen agustiniano y su reformulación contemporánea, como el argumento de la sed o eudemológico, y sobre todo

la tratada por Spaemann como vía de las verdades divinas o eternas que se podría sintetizar así: sin Dios no hay verdad, luego si hay verdad es porque hay Dios. Este apartado en particular me ha llamado positivamente la atención, tanto como las últimas páginas tituladas “El hombre no puede vivir sin la verdad”, especialmente interesantes en nuestras circunstancias filosóficas. Ojalá hubiese cabido en este proyecto algún apartado sobre la filosofía de la ciencia, p. e. el caso Flew, pero quizás desbordaría los límites pretendidos.

La presentación de la esencia de Dios es justa y equilibrada. Aún así no renuncia Barrio a incidir, aún dentro de su pretensión sintética y pedagógica, en cuestiones trascendentes para la reflexión y estudio de problemas muy actuales, como la cuestión del origen del cosmos, la teoría de la evolución y el misterio del mal y la providencia divina, que sin ser desarrollados están en la mente del autor a la hora de tomar posición y formular de manera precisa e incisiva, p. e., la noción de creación, no contentándose con la mera definición sino mostrando las líneas de fuerza que servirían para un desarrollo ulterior. Así aparece la cuestión de la conservación en relación con la creación continua: “En contra de lo que pensó Spinoza, Dios no es una especie de relojero del mundo, que al crearlo le da cuerda, lo pone en marcha y luego se olvida de él pues ya funciona con su propia inercia. Tomás de Aquino argumenta de forma muy eficaz que Dios no solo es causa de que algo comience a ser, sino también de que se mantenga siendo. Esto no se debe a una especie de ‘principio de conservación de la energía’ ni a nada parecido a una inercia ontológica. Dar el ser y mantenerlo siendo son dos operaciones *ad extra* distintas, si bien hay una cierta congruencia entre ambas. Tampoco se puede interpretar la conservación como una *creatio continua*. La conservación es congruente con la creación pero no es consecuencia necesaria de ella, ni nada semejante a una creación distendida en el tiempo. La creación es instantánea, no es un proceso ni algo que se dé en el tiempo, sino que precisamente consiste en el acontecimiento que lo inaugura. La creación de entes móviles es también la creación del tiempo”.

El autor no desarrolla los porqués ni los a dónde de su planteamiento, pero no deja de resultar valioso porque da que pensar, ofreciendo fundamento a la vez que cuestionamientos para que el lector ahonde por su cuenta en la búsqueda de esas verdades con rigor y precisión de alcance ontológico. Quizás algún esbozo de las aportaciones de pensadores como Lévinas desde la alteridad y la interpersonalidad hacia Dios, y alguna reflexión más extensa, p. e. sobre el sentido del atributo divino de la impasibilidad, hubiesen enriquecido el texto de forma positiva.

A continuación se abre el estudio de la relación del hombre con Dios (Dios, naturaleza y libertad), capítulo muy medido y que es la rampa de lanzamiento filosófica de las dos últimas partes.

Así la III Parte (capítulos 8-10) ofrece una síntesis de antropología metafísica (Persona-Dignidad-Libertad). De ésta valoro en particular el capítulo dedicado al valor y dignidad de la persona, en diálogo con Kant y que se relaciona con el hoy debatido campo de los derechos del hombre. Barrio se remonta a la clásica distinción entre persona como ‘alguien’ (*jemand*) y cosa como ‘algo’ (*etwas*); y apoyándose en R.Spaemann

mann, (*Personas*, Eunsa, Pamplona, 2000) señala como esta trascendente distinción que genialmente formula Kant, pues tienen: “si son seres irracionales, solamente un valor relativo, como medios, y por eso se llaman cosas; en cambio, los seres racionales se denominan personas, porque su naturaleza ya los distingue como fines en sí mismos” (GMS 276), requeriría en su opinión una fundamentación metafísica en el ser más allá de la sola remisión a la racionalidad. Sería cierto cuanto afirma Kant sobre la dignidad de la persona, dado que solo ella posee valor por sí misma, por completo independiente de la valoración que de ella se haga, pero para Barrio: “Aunque en sentido amplio se entiende lo que Kant desea transmitir con semejante distinción, esta no puede admitirse desde un punto de vista rigurosamente metafísico, por cuanto lo primero que se necesita para ser alguien es, precisamente, ser, y ser es siempre ser algo. La índole de ‘algo’ (*aliquid*) es una nota característica de todo ser, a saber, de los demás entes, es decir, su ser otro que (*aliud quid*) ellos. La distinción adecuada, por tanto, no sería entre personas y cosas, sino entre realidades personales y realidades no personales”. Barrio muestra la dirección, pero compartiendo que la fundamentación metafísica se requiere, ¿se queda Kant fuera de esta?, ¿no alcanza por otra vía la radicalidad de la persona y su dignidad?, la cuestión cuanto menos puede discutirse.

En el capítulo sobre la libertad se prosigue el diálogo con I. Kant para sostener la postura del realismo de Sto. Tomás y la filosofía del ser como acto. La libertad humana radicaría en el nivel más hondo que alcanza la metafísica desarrollada por el Aquinate: el acto de ser, sobre el que descansaría la naturaleza y la libertad creativa. Acudiendo a F. Ocariz se intenta restañar la fisura que se instalaría en el núcleo mismo de la persona entre naturaleza y libertad desde la propuesta kantiana. La libertad surge de la naturaleza, la libertad es co-donada con el ser que la persona posee *per se*, pero no *a se*, pues lo ha recibido desde el mismo Ser. La libertad creativa del hombre descansa sobre su ser criatura de modo especialísimo. Así, se sostiene, la persona puede obrar *per se*, ya que el obrar sigue al ser y el modo de obrar al modo de ser. Libertad viene entendida como tener el dominio sobre las propias acciones; es decir autodeterminación y autodominio, una autoposesión cuyo fundamento metafísico real es el ser, que participa del Ser Infinito que le fundamenta. Por eso la libertad está fundada y depende de Dios, al cuál ha de orientarse pues este es su máximo bien y tiene así razón de fin último. La elección es el acto propio de la libertad movido por esta línea de fuerza. La postura es clara, clásica y bien expuesta; toca uno de los puntos nucleares de los debates contemporáneos con rigor dando una buena base sobre la que trabajar con posterioridad. Tan sólo podríamos añorar la inclusión de reflexiones sobre la libertad de pensadores contemporáneos que convergen desde otros métodos filosóficos en la radicalidad y realidad ontológica de la libertad como don y tarea, como responsabilidad. Una cuestión que no acabo de ver bien resuelta dentro del estudio de la libertad de Barrio, y de su maestro Millán-Puelles, no tanto en su pensar metafísico como en su formulación explícita, está en el cómo entender la elección de la libertad humana en el Cielo, creo que merecería la pena que en otras obras expresasen las potencialidades y buscasen los decires apropiados de esta noción de libertad en este campo.

Como final, en una IV Parte (capítulos 11-13), el autor sintetiza su visión de la naturaleza de la ética, de modo vivo y atrayente, y ofrece una panorámica sumaria y crítica de las morales filosóficas que están en la raíz de las posiciones actuales. Son divididas para el análisis en dos grupos: con pretensión cognitiva (Aristóteles, Kant y fenomenológica) y morales no cognitivas (determinismo, positivismo y relativismo).

Si bien comparto con el autor una visión crítica de la ética kantiana me parece que la que aflora en estas páginas, que señala cómo para Kant –cuya reflexión sobre la intencionalidad es valorada positivamente desde el *finis operis* de Tomás de Aquino– la virtud y lo natural están dentro de lo determinado, fuera del reino de la libertad, está necesitada de mayor desarrollo para alcanzar peso suficiente. Las elaboraciones actuales de las éticas de cuño kantiano requieren ahondar más.

Me ha agradado que el autor no eluda la cuestión de la falacia naturalista (Hume, Moore) y la trate con corrección: “Es cierto que el deber no puede derivarse del ser de una manera mecánica o meramente ‘natural’, en el sentido de algo espontáneo y, por tanto, no racional. Ahora bien, una ética que no tenga en cuenta al ser humano, tanto en su dimensión específica como en su vertiente individual e histórica, es una ética radicalmente desfondada, sin fundamento”. Remite a los trabajos de M. Rhonheimer para defender que la verdad del juicio de valor necesita descansar en una antropología que incluya lo concreto.

Creo que el principal mérito de la obra consiste en su sintética, completa y clara exposición de los núcleos esenciales del problema de Dios y el hombre en su radicación metafísica, tanto como en las buenas conexiones entre las distintas áreas implicadas, muy acertadamente elegidas. El autor hace profesión de escuela, lo que no es ningún demérito y, además, sería cuestión a discutir fuera de un libro de estas características. Además se nota un esforzado diálogo con corrientes de pensamiento actuales que no son la suya. Eso sí, a veces se le escapa cierto tono indignado ante el escepticismo y el relativismo, comprensible, pero que no refuerza la argumentación. Pedagógicamente tan solo he observado un par de momentos en que el libro no resultaría autosuficiente sin una atención especial o consulta externa, buen trabajo también en este sentido.

El resultado es un libro compacto, bien estructurado y con una pedagogía lograda que será de utilidad en la enseñanza inicial de las materias filosóficas como, p.e. en los institutos de Ciencias Religiosas, o incluso en estudios que otorguen algo más de peso a la formación filosófica, tanto como para universitarios de cualquier carrera que mantengan vivas sus inquietudes humanísticas. Conscientes del tipo de obra que tenemos entre manos cumple sobradamente con el servicio de introducir con rigor a cualquier interesado hoy en la cuestión de Dios filosóficamente abordada. En resumidas cuentas es un libro que cumple perfectamente con su objetivo.